

Padre Alfonso Torres, S. J

CUANDO HICIERES LIMOSNA...

Por tanto, cuando hicieres limosna. No hagas tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados de los hombres. De veras os digo, ya se tienden su galardón. Tú, al contrario, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. A fin de que tu limosna sea en lo escondido y el Padre tuyo que ve en lo escondido te dará el pago. (Mt. 6, 2-4).

(...)

En los versículos que nos resta explicar, la primera frase es aquella que dice: *De veras os digo que ya se tienen su galardón*. Ya propósito de esta frase no se me ocurre otra cosa que preguntar: ¿Qué galardón es este que tienen los hipócritas, una vez que han repartido sus limosnas en las sinagogas y en las plazas a son de la trompeta? A esta pregunta se pueden dar dos respuestas: la primera afirmativa, mostrando el premio que tienen derecho a percibir esos hombres; y la segunda, negativa, mostrando el premio que pierden. El Señor parece referirse directamente en la frase

aludida a la respuesta positiva, pero insinúa de un modo manifiesto la otra, o sea, la negativa. Decirles *ya se tienen su galardón* equivale a decir que ya no tienen que esperar otro premio.

Recordemos los premios que están reservados al que bien la limosna y entenderemos, sin más comentario, la respuesta que hemos llamado negativa, pues esos son precisamente los premios que pierde el que da limosna por vanidad.

En la Sagrada Escritura se nos promete que, si no apartamos los ojos del pobre, tampoco Dios los apartará de nosotros. Dios nos mirará con misericordia si así miramos al menesteroso. Premio

sobrado es éste, pues ¿qué más podemos desear sino que Dios pose su mirada amorosa sobre nosotros? Si Dios nos mira así, en esa mirada nos dará su amor. ¿Qué premio hay en el mundo que pueda compararse con éste?

Con ser tan grande este premio, no es el único. De él brotan otros muchos. Enumeremos, no como quien encierra en fórmulas rígidas las riquezas de la misericordia divina sino como quien desea mirarlas más por menudo para agradecerlas mejor.

Las Sagradas Escrituras, lo mismo, las del Antiguo que las del Nuevo Testamento, están llenas de promesas, como éstas: *Dios guardará los bienes del hombre Limosnero, es las pupilas de sus ojos* (Ecles. 17,18), nos dice el Libro Eclesiástico. *Crecen los bienes del que da limosna* (Prov. 11,24), nos enseña el Libro de los Proverbios. *Dios libraré en el día malo a quien se compadece del pobre* (Ps. 40.2) canta un Salmo. *La limosna vale más que los tesoros acumulados, pues libra la muerte, limpia los pecados y alcanza misericordia y vida eterna* (Tob. 12,9), dijo el Angel Rafael a Tobías. San Pablo, en la segunda Epístola a los Corintios, canta las alabanzas de limosna comparándola con la siembra y escribe: *quien parcamente siembra, parcamente asimismo recogerá, y quien bendiciones siembra, en bendiciones igualmente cogerá; poderoso es Dios para hacer abundar toda gracia para con vosotros, a fin de que teniendo seáis abastados para toda obra buena, como está escrito: Derramó, dio a los pobres; la justicia de él permanecerá eternamente. Y el que suministra simiente al que siembra, suministrará asimismo pan para comer y multiplicará la simiente vuestra y acrecentará los frutos de vuestra justicia* (2 Cor. 9, 6-11). Así podríamos recoger un sinnúmero de testimonios que prometen bienes a quien da limosna y los describen con acentos encendidos. Pero basten los que hemos recordado para que veamos cómo la limosna enriquece con bienes materiales y espirituales, temporales y eternos.

Todos estos bienes los pierde quien profana sus limosnas con el vicio de la vanagloria. Se ha satisfecho con el humo de las alabanzas humanas y nada tiene que esperar de Dios.

¡Menguada satisfacción las alabanzas humanas! Aunque sean sinceras y aunque se funden en algo real, que no es poco decir, pues bien sabemos adonde llegan los errores y la insinceridad humana. ¿Qué son las alabanzas sino un poco de humo inconsistente que el

viento arrebatada y disipa? ¿Y por esto vale la pena derrochar los bienes inmensos que podemos ganar con la limosna? La frase del Señor: *Ya se tienen, su galardón*, insinuando el contraste entre los verdaderos bienes de la limosna y la ilusión funesta de la vanagloria, nos pone delante de los ojos la insensatez y la desgracia del hombre vanidoso, para que conservemos en su pureza evangélica nuestras limosnas, con espíritu de caridad y de humildad.

(...)

En los versículos siguientes, contrapone el Señor lo que debe practicar un cristiano a lo que practican los hipócritas que dan limosna a son de trompeta: *Cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.*

(...) veamos su contenido: Aunque espontáneamente la mano izquierda va en ayuda de la derecha, contengamos hasta ese movimiento espontáneo cuando de limosnas se trata, para que una mano no sepa lo que hace la otra. Esto dice el Señor y hay en ello un precepto y un consejo, como hemos dicho en otras ocasiones; como precepto nos impone que guardemos el secreto de nuestras limosnas hasta donde sea preciso para no profanarlas con nuestras vanidades que ofenden a Dios; como consejo nos recomienda que conociendo como conocemos nuestra flaqueza y mirando a los peligros de la vanagloria, mientras podamos lícitamente hacerlo, y aunque de ello no tengamos obligación, prefiramos hacer nuestras limosnas en secreto, de modo que no las conozca sino nuestro Padre que está en los cielos.

¡Con qué amor mira Jesús por nuestro bien! Despliega su celo, encarece con frases inolvidables, pone su corazón en que no perdamos por flaqueza o ignorancia ni la más pequeña partícula del bien que con nuestras obras podemos alcanzar. Nos ha traído los tesoros de sus infinitas misericordias y nos enseña a recibirlos y a llevarlos sin que se nos caiga de la mano ni el grano más insignificante. Si nuestra fidelidad se pareciera al celo delicado de nuestro Redentor, ¡qué pronto nos llenaríamos de riquezas verdaderas! Quiera Él que todo lo hagamos por amor, y para conseguirlo, después de hacernos ver el peligro de la vanagloria, diciéndonos que nos robará el premio, añade, como nuevo motivo para limosna con pura intención: *Tu Padre que ve, en lo escondido, te dará*

el pago.

No temamos perder el premio de la limosna, haciéndola en escondido, porque es Dios quien tiene que premiarnos y Dios ve hasta lo más oculto.

Notemos la insistencia con que en estos versículos habla el Señor de la paga y del galardón. Quiere llevarnos al amor recordándonos las larguezas divinas, más bien que hablarnos del salario, como se hablaría a un operario egoísta. Al fin y al cabo, el galardón y paga de Dios es, como decía Agustín, una nueva misericordia con que Él corona sus anteriores misericordias. Pero hay todavía en estas palabras algo más y que más eficazmente lleva al amor de Dios. Al decirnos que el Padre celestial ve en lo escondido, no es que quiera refutar simplemente el error de aquellos que pudieran creer que nuestro Padre celestial no conocerá nuestras limosnas si no las hacemos en público, porque esto no se le ocurre a ningún cristiano; es algo más hondo y más delicado. ¿Habéis visto como se enlazan los corazones, cómo brota la intimidad, cómo se unen las almas cuando hay secretos mutuos? Cuando dos almas tienen algún secreto común—*sus secretos* como decimos con énfasis—, parece que son más íntimos en sí, que se aman mucho más, que no pueden separarse nunca sin profanar sus dulces recuerdos. Si nosotros tenemos secretos con Dios, es decir, algo que sea secreto entre Dios y nosotros, nuestra intimidad con Él será más profunda; nuestro trato con Dios, nuestra unión con El, más estrecha. ¿Y qué secreto mejor que guardar para Él solo la intención de nuestro corazón y presentarle nuestras buenas obras con una confidencia que sólo a Él hacemos? ¡Cómo se sienten felices las almas cuando saben guardar sus obras para Dios solo! Es como la felicidad del hijo en un rato de intimidad cordial con su padre.

Se dice de Moisés, que en el desierto Dios le llamó y le introdujo en la nube en que Él moraba. Así hace con nosotros cuando nos dice que guardemos secretas nuestras obras buenas, en especial nuestras limosnas; ese secreto es una nube que nos oculta a los ojos de los hombres, pero en el seno de esa nube está nuestro Dios. Allí le encontramos y podemos conversar con Él como Moisés.

Añádase a este premio de la limosna a los que anteriormente recordábamos y acabará de rendirse nuestro corazón a las exhortaciones del Redentor. Si supiéramos lo que es encontrar a Dios,

esto sólo bastaría para que muriéramos a todas las vanidades de la vida presente. ¡Qué triste es ignorarlo! ¿Cómo pueden encontrar algo en la vida los que lo ignoran? ¡Qué vacío tan desolador! Por misericordia divina, confío en que ninguno de vosotros lo desconoce.

Alguna vez hemos aludido a la palabra de San Pablo que dice así: *Muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3,3). Pocas veces podremos recordar esta palabra con más oportunidad que ahora.

¿Para qué nos hemos hecho cristianos? ¿Por qué nos llamamos con este nombre glorioso? Para morir a las vanidades mundanas; y porque hemos muerto a ellas, nuestra gloria no son esas vanidades, sino otra gloria infinitamente mayor. *Muertos*, dice San Pablo, y no hubiera podido emplear palabra más expresiva para enseñarnos la indiferencia con que hemos de mirar la gloria del mundo. La vanagloria es tan ridícula como las vanidades de un cadáver. Cuando San Pablo dice *muertos*, se refiere ante todo a nuestro corazón; porque es el corazón el que ha de morir al amor de las alabanzas del mundo. Es decir, en nuestro corazón no ha de haber ni un deseo de ellas, ni un temor de perderlas. Si dejamos vivir nuestra vida en el corazón algo que le impulse al vano amor de la gloria, ese algo acabará infiltrándose en nuestras palabras y nuestra vida.

Para morir así es preciso luchar. Sólo una mortificación asidua y sincera puede arrancar esas raíces de vanidad que llevamos en nuestra pobre naturaleza. Ya hemos oído de los labios de San Agustín lo duro que es el combate contra la vanagloria. Cuanto con más dureza se afronte, más rápido el triunfo.

San Pablo, al hablarnos de muerte, nos habla de resurrección: morimos para vivir con Jesucristo en Dios. Nos habla de la vida del alma, de la vida sobrenatural y divina. Esa vida merece todos los trabajos, todas las renunciaciones, las muertes. Esa es la verdadera vida del cristiano. Para eso muere al mundo y a todas las criaturas. No olvidemos que viviremos esa vida divina en la misma medida en que moriremos a las vanidades mundanas. Donde esté nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón; y si estimamos las vanidades de la vida presente, nuestro corazón quedará prendido en ellas. ¿Puede darse tragedia comparable con la de perder o aminorar en nosotros la vida divina por la miseria de unas alabanzas humanas?

Como se esconde el tesoro para que no puedan robarlo ladrones, así hemos de ocultar la virtud a las asechanzas de la vanagloria. Por eso hemos de vivir ocultos *con Cristo en Dios* ¡Bendita humildad que así guarda el tesoro de nuestro corazón! Dura eres a la naturaleza, pero ¡cómo atraes las miradas de Dios!

Hermanos míos: contentémonos con que Dios nos mire y no andemos buscando el que nos vean los hombres. Las miradas de Dios no dañan, sino que sanan y vivifican. Que Dios nos mire y se complazca en nosotros. ¿Qué más podemos desear? Y para eso, ocultémonos a los ojos del mundo que pone en peligro la humildad. No olvidemos que el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado. Despreciemos la gloria del mundo para que nos ensalce Dios en el cielo.

Es verdad que nos ofuscamos y, en vez de volver los ojos hacia dentro, para mirar esta vida interior, se nos van hacia fuera y los derramamos en las vanidades, fascinados por su brillo falaz; pero hemos de recordar que nuestro bien no está ahí, sino en lo hondo del alma.

Cuando vivimos hacia adentro, no por eso somos unos misántropos desgraciados; es que nos hemos desengañado a tiempo, y en vez de vivir para la fantasmagoría de la vida exterior, buscamos la eterna; en vez de hambrear las alabanzas de las criaturas, deseamos y esperamos las de Dios. Sabemos por dicha nuestra que cuanto más escondidas estén nuestras obras buenas, para que no se malogren, tanto más firme es la esperanza de que un día seremos glorificados. Quizás ese día esté más cerca de lo que nosotros pensamos, porque a veces Dios Nuestro Señor no espera a glorificarnos en el día del juicio, sino que glorifica aun en este mundo. A veces las almas santas andan haciendo milagros para ocultarse y Dios las pone patentes a los ojos de todos; mientras ellas se sepultan en el surco de la humildad, Dios hace germinar de esa semilla flores y frutos de gloria y admiración. Mas ni siquiera ahí hemos de poner los ojos, recreándonos en esas flores y saboreando esos frutos, sino en otra gloria mayor que no falta nunca; la gloria de la santidad. Viviendo con Cristo y para Cristo se cumplirá en nosotros aquella otra palabra de San Pablo: *Cuando Cristo, vida vuestra se manifestare, entonces vosotros también seréis manifestados juntamente con él en gloria* (Col. 3,4).

(Alfonso Torres, S.J., Lecciones Sacras sobre los Santos Evangelios, Vol. IV, Ed. Escelicer, 1946, págs. 179-187)